

D. ANDRÉS.—Ah! cómo no!... Pero él no está hoy...

DOÑA ANTONIA.—Sí, Andrés, me enteré antes de venir aquí.

MARCELO, *aparte, a Luz*.—No sabes cómo me alegra verte...

LUZ.—Y tú no sabes lo triste que es para mí verte hoy.

ROBERTO, *a doña Antonia*.—Se ha encajado usted? No se la ve.

DOÑA ANTONIA, *a Roberto*.—El eclipsado es usted, Roberto. Se comprende, preparándose como está para la vida formal, ya no se acuerda de las amigas...

D. ANDRÉS, *por decir algo*.—Ya era tiempo...

ROBERTO, *cogiendo del escritorio el estuche de las pistolas*.—Yo me retiro... tengo qué hacer.

DOÑA ANTONIA.—Entonces la metamorfosis es completa, con que tiene usted algo qué hacer?

MARCELO.—Tendrá que hacer... que hacer cien carambolas.

ROBERTO, *hace una reverencia y sale por el foro*.—Sí. Adiós!

ESCENA VI

Dichos, menos ROBERTO

DOÑA ANTONIA, *a Marcelo*.—Ha vuelto usted a ser el hombre del día!

MARCELO, *alarmado*.—No sé.. no sé por qué lo dice?

DOÑA ANTONIA.—Ví en los periódicos de esta mañana que tiene usted la vista de Casación de una causa célebre.

MARCELO.—Sí, señora, mañana.

DOÑA ANTONIA.—Por la boca muere el pez: quien le hubiera dicho a usted, cuando condenaba a ese hombre que mató a su mujer, que le tocaría defenderlo...

MARCELO.—La profesión nos enseña a ser indulgentes.

DOÑA ANTONIA.—Luego en aquella discusión de la quinta tenía razón Andrés.

D. ANDRÉS.—Ya lo creo!

MARCELO, *con displicencia*.—Ninguna; sigo teniendo yo la razón. Aquel hombre hizo mal. Pero indudablemente no fué él sólo quien mató a la mujer. Más culpa tienen el vecino de en frente y el del lado y todos los que con sus reproches sellan la boca que se abre para el perdón. Sabemos

acaso nosotros si aquel hombre bueno, estaba lleno de piedad, y la sonrisa del transeunte, el cuchicheo de la comadre que acecha tras los visillos de la ventana y la procaacidad del corrillo, no armaron la mano que asesinó?

DOÑA ANT.—Pero de todos modos, se apartó de la ley de Dios.

D. ANDRÉS.—No obstante, cumplió con las del honor...

MARCELO.—Bah!

Luz, que abstraída ha seguido la conversación, pensando en otras cosas. (A doña Antonia.)

Se hace tarde, mamá; recuerda que el arquitecto los está esperando.

DOÑA ANT.—Sí, vamos, Andrés, a mí no me gusta hacerme esperar.

D. ANDRÉS, *levantándose, toma el sombrero*.—Ni a mí.

LUZ.—Me quedo con Marcelo.

Don Andrés y doña Antonia hacen mutis por el foro.

ESCENA VII

Luz y MARCELO

que enciende un cigarrillo y se pasea. Silencio prolongado.

LUZ, *dulcemente*.—¿Al fin te bates hoy?

MARCELO, *de pie frente a Luz*.—Sí, esta tarde. Mañana tengo que alegar en Casación. Necesito estar tranquilo.. En ello va mi nombre.

LUZ.—Qué caro cuesta un nombre!

MARCELO.—Como que siempre se levante sobre la ruina de muchos.

LUZ.—Eso es terrible. Por qué no llegará cada cual con el puesto que le corresponde en el mundo.

MARCELO.—No puede ser. Nadie debe ocupar un puesto que no haya conquistado con su esfuerzo.

La dificultad, lo arduo, está siempre en los primeros pasos... Hay que luchar. Todos van contra nosotros, y quien no tiene aliento para atropellar a los que le cierran el camino, es un fracasado.

LUZ.—No sé por qué presiento en el fondo de esa lucha algo espantoso...

MARCELO.—Espantoso y noble.... Es el impulso hacia nuestro propio perfeccionamiento; el vago deseo de contribuir al desenvolvimiento común. *Pausa.*